

HOMENAJE
Á LA SANTA MEMORIA
DEL
INOLVIDABLE PADRE CUETO

Obispo Domingo de Canarias

POR

Francisco Vega y Lorenzo

PENITENCIARIO



VERGARA

Imprenta de EL SANTÍSIMO ROSARIO

1908



Gaudeas quod talem habueris.

(S. Hieronymi.)

UNA elegante carroza caminaba lentamente en la tarde del veintidós de Noviembre de mil ochocientos noventa y uno por las calles de la ciudad de Las Palmas, que como en sus extraordinarias fiestas habíase adornado aquel día con sus galas más preciosas. Sobre aquella carroza iba un ilustre personaje, el cual, á semejanza de un conquistador, era objeto de las entusiastas aclamaciones con que, entre una copiosa lluvia de flores que de balcones y ventanas caía sobre su cabeza, le acariciaba la inmensa muchedumbre que le seguía hasta su llegada á la Santa Iglesia Catedral. Un numeroso concurso de personas de toda clase y condición, sin diferencias políticas, sin choque de partidos, sin tumulto de pasiones, llevado únicamente de un solo sentimiento y de una sola idea, llenó las espaciosas naves del templo; y entre el leve rumor de aquel mar de cabezas, que bajo las atrevidas y bellísimas bóvedas de aquel santo lugar apenas se movía, se destacó la dignísima figura de aquel hombre que desde la Sagrada Cátedra, con su rostro pálido y hu-

milde, como el hábito de religioso dominico que vestía, clavó en el Cielo y en nosotros una mirada sublime, y dejando oír una voz que por vez primera sonaba en nuestros oídos, nos saludó y dió las gracias con frases paternas y llenas de dulzura.

¡Bendito momento aquel de dulcísimas emociones y gratísimos recuerdos! Cada uno de nosotros deseaba entonces con vivas ansias que surgiera de en medio de la multitud una voz que manifestara toda nuestra alegría: un acento donde, en común concierto, sonaran acordes las notas de nuestro religioso sentimiento. Mas, no siéndonos dado expresar con la palabra los sentimientos de nuestra alma, correspondimos á su nuevo saludo con el saludo de nuestro corazón; dimos gracias á Dios que nos miraba benigno, y salimos de aquel recinto sagrado proclamando muy alto el nombre del P. Cueto, dignísimo Obispo de Canarias, que hacia su primera entrada en la capital de su Diócesis.

Como sombra de nube que rápidamente pasa, han transcurrido diecisiete años; y á las once de la mañana del día dieciocho del próximo pasado Agosto, cruzaba también, con más lento y solemne andar, por las calles de la misma población, un ataúd. Dentro de aquel ataúd iba un cadáver descubierto, vestido con los ornamentos pontificales. De balcones y ventanas caían sobre aquel féretro, no flores olorosas, sino lágrimas ardientes. Millares de personas, en silenciosa procesión, con el llanto en los ojos y la amargura en el alma, entre el lúgubre tañido de las campanas y el canto fúnebre de los muertos, seguían aquellos restos mortales, hasta su llegada á la iglesia de las Hermanas Dominicás Terciarias de la Enseñanza, donde las venerables monjas les habían preparado una fosa.

¡Instante supremo aquel de tristísima memoria, en que una religiosa emoción vivamente sentida por

todos, parecía sostenernos en una región distinta de la que ven nuestros ojos y pisan nuestras plantas! Al traspasar aquel féretro los umbrales de la santa capilla, al desaparecer de nuestra vista aquel cadáver, de todos los corazones brotó un suspiro, de todos los ojos una lágrima y de todos los labios esta piadosa frase: «¡Descanse en paz el alma del P. Cueto!»

Allí, bajo el pavimento de aquella iglesia fundada por su celo y caridad entrañables, yacen hoy sus venerandas cenizas: allí, bajo fría losa, descansa su cuerpo inerte, hasta el último día de los tiempos, en que vuelva á levantarse radiante de luz y majestad.

Durmiendo él el sueño de los justos, y cansado yo de llorar en secreto una muerte que me ha sido tan sensible, ya puedo, algo sereno, rendirle el homenaje de mis ingenuas alabanzas, sin temor de herir su profundísima modestia.

Bajo el concepto de hijo, honrado sin ningún merecimiento mío con su íntima amistad, amistad que sólo él y yo conocíamos bastante, y que fué demasiado tierna para que no formase época en mi vida, voy á colocar una flor, aunque marchita, sobre su glorioso sepulcro.

Sírvale ella á su preciosa alma de mayor gozo en el Santo Reino de Dios, donde confío que estará disfrutando ya de la eterna bienaventuranza.

Mas ¿qué podré yo añadir á cuanto en estos días se ha dicho con motivo de su inesperada muerte?

Muchos de sus queridos hijos, amigos y admiradores; muchos de los que han recibido la porción abundante de la herencia espiritual de sólidas enseñanzas, de sincera amistad y de acendrado cariño que les legó en su testamento divino, le han pagado ya, en frases sentidísimas, un tributo de piedad, de amor y de agradecimiento. ¡Dios se lo pague á todos!

Pero noto que falta mi siempreviva en la corona de su sepulcro, y quisiera colocarla.....

Comprendo bien que para morir con honor ninguna otra cosa se necesita que haber sido justo y bueno, y que la solemnidad de los elogios no exige imperiosamente delante de Dios fundarse en la dignidad y dotes personales del héroe á quien se alaba.....

Yó aprendí de él, en íntimas confidencias, que unos padres profundamente cristianos, cuya memoria vivirá eternamente, le enseñaron con sus instrucciones desde los primeros albores de su infancia los caminos del Señor, y se los manifestaron con sus buenos ejemplos.

Yo sé que, dócil á las enseñanzas paternas, las diversiones de su niñez no eran más que ensayos para la virtud; que cuando todavía era incapaz de conocer la criatura ya levantaba sus manos inmaculadas hacia el Criador, y que consagraba su corazón á Dios en una edad en que apenas tiene el hombre corazón para formar deseos.

Yo sé que su conciencia era un lugar de paz en unos años en que todas las pasiones braman al rededor del alma, y que vivía como los tres jóvenes hebreos entre las delicias de los babilonios, sin tocar sus viandas y sin embriagarse con su vino.

Yo sé que á los dieciséis años de su edad salió de las montañas cantábricas (1), emprendió el arduo derrotero que le mostraba su vocación, y fué á tocar á las puertas de una casa religiosa; buscando allí una atmósfera saturada de virtud; un lugar donde crecen y se desarrollan lozanas las flores del jardín plantado por la mano de Santo Domingo de Guzmán; un libro donde se halla escrito con caracteres de oro el nombre, mil veces bendito, del Santísimo Rosario de Filipinas; una historia donde se cuenta la vida de sus mártires invictos, de sus infatigables apóstoles, de sus afamados sabios, de sus gigantes en la santidad.

(1) Véase la nota 1.^a del Apéndice.

Yo sé que un día, llevado en alas de la obediencia, abandonó las playas españolas, y fué á besar en el extremo Oriente aquellas benditas arenas regadas con el sudor y enrojecidas con la sangre de tantos atletas, salidos como él de los claustros dominicanos.....

También yo lo vi, también yo lo vi aportar á las playas canarias, revestido de la autoridad episcopal, y recorrer en triunfo nuestras calles como el enviado del Señor.

También yo lo vi en aquellos días de triste recuerdo, cuando la Madre España reclamaba nuestra sangre, cubierto su rostro de mortal tristeza y conmovidas sus entrañas paternas, al oír los lamentos de sus hijos, recoger las reliquias de su afligida alma, hallar en la viveza de su compasión y de su celo vigor para sus fuerzas debilitadas por la enfermedad, y cruzar los mares, y llegar á la Corte, y tocar á las puertas de todos los ministerios, y resolver el tremendo conflicto, y devolver la paz y la tranquilidad á todos los corazones canarios; con la sorprendente circunstancia de haberle ofrecido el hidalgo pueblo de Las Palmas letra abierta, á fin de que atendiese á sus necesidades, y rechazar humildemente la oferta; viéndose luego en la precisión de pedir prestado el dinero para sufragar los gastos del viaje.

También yo lo vi pobre, sin recursos, exhausto su tesoro, resuelto á empeñar su pectoral para enjugar las lágrimas de los que lloraban; y al llamarle respetuosamente alguno de sus familiares la atención sobre sus santas limosnas y generosidades para con personas desconocidas, oírle exclamar con la sonrisa del ángel en los labios: «No, no es posible que me engañen..... ¡hay tantas miserias en el mundo!..... ¡qué se ha de hacer!..... mi corazón es así..... veo un fin bueno..... es agradable á nuestro Señor Jesucristo..... ¡adelante!..... Confíemos en Dios nuestro Señor. El

lirio del valle, sin ningún trabajo suyo, es vestido de hermosísimos colores por la Divina Providencia.....»

También yo lo vi «envuelto en sus blancos hábitos como en una mortaja de pureza y de santidad..... ¡Blanco, blanco como el sueño de un justo, ó como el pensamiento de un niño!;..... apagando la lumbre de su hogar para encenderla en el hogar ajeno; arrasando su mesa para proveer la mesa del prójimo menesteroso»; buscando medios más ingeniosos para descubrir la vergonzosa pobreza, que los artificios que ella había inventado para ocultarse á las públicas miradas.

También yo lo vi, como el ángel de la compasión, convirtiendo su propio palacio en hospital de sangre; poniendo bajo su benéfica protección á los pobres soldados que de la guerra tornaban á la Patria y buscaban un albergue en nuestra tierra, y haciendo sombra con las alas de su misericordia á aquellos infelices cubiertos de polvo, enfermos y macilentos: víctimas sacrificadas á la ambición de los hombres.

También yo lo vi, comido por el celo de la Casa de Dios, mendigando de puerta en puerta la caridad pública; abriendo, para recibir el óbolo, aquella sagrada mano «benedicidora y bendecida»; inclinando ante la limosna «aquel cuerpo pequeño, asilo y santuario de una de las almas más buenas y más hermosas que Dios haya enviado á la tierra»; dando con encantadora dulzura á sus propios hijos el sublime «Dios se lo pague» del humilde pordiosero.

También yo lo vi lleno de piedad, sonriendo dulcemente, subir presuroso al camarín de nuestra Virgen Canaria, permanecer un rato de rodillas delante de la Señora, en honda y ahincada meditación, y, radiante su rostro de satisfacción y alegría, poner en

las sagradas manos de la devotísima Imagen el regalo de un anillo y un pectoral valiosísimos.

También yo lo vi varias veces al día con el santo Rosario entre sus dedos, clavados en el cielo sus dulces ojos, derramando los sentimientos de su alma pura en el sacratísimo corazón de su Madre.

También yo vi «al héroe de la caridad, al corazón cortado según el corazón de Dios, á semejanza del corazón del Profeta, al hijo adoptivo de Las Palmas, cumpliendo todos sus deberes filiales heroicamente después de llevar á las cumbres del sacrificio los arrebatos del amor paternal que llenaron su vida hermosa é inmaculada.»

También yo vi al hombre recto, *sencillo en el mal y prudente en el bien*; al hombre de quien no eran dignos estos tiempos malhadados; al alma grande, formada para aquellas épocas, en las que la buena fe mirábase como virtud; en las que no había más ardidés ni artificios que una noble ingenuidad; en las que era inútil el *arte* de las precauciones, porque todavía no se había inventado el de los fingimientos repugnantes.

También yo vi al cordero lleno de mansedumbre, tan indiferente á los honores como á los ultrajes; tan familiarizado con el perdón de las injurias como con el agradecimiento á una buena voluntad; con el corazón abierto para dar lugar en él á los que pudieran atreverse á tirarle agudos dardos; con la vara en la mano para castigar á los delincuentes, y no servirse de ella sino para sacar agua en favor de los culpables.

También, también yo vi al León misterioso á quien bastaba despedazarle para hallar en su boca la miel de la suavidad y el rocío de las gracias.

Y para gloriosa corona de una vida de tanta perfección cristiana, yo veo una de las escenas más tiernas y conmovedoras que han presenciado jamás

ojos humanos. Son las cuatro de la tarde del día veintidós de Agosto de mil novecientos. Un anciano venerable, revestido de pontifical, abrazado á una Custodia y rodeado de treinta mil peregrinos que cantan el *Parce Domine*, recorre en solemne procesión la explanada de la Santa Gruta de Lourdes, derramando con el Santísimo Sacramento bendiciones fecundísimas en portentos admirables. De repente, á los suspiros de aquella pública imploración sucede el cántico alegre del *Hosanna Filio David*, entrecortado por los gemidos y las lágrimas que arranca el gozo de las almas en sus arrebatos religiosos..... Es que diecisiete enfermos, á semejanza del Paralítico de la Piscina, han saltado del lecho del dolor, al paso de Jesús Sacramentado, y, entonando himnos de triunfo, de amor y de gratitud, le siguen como trofeos de la eterna victoria de Cristo sobre el imperio de la muerte.

Aquel venerable anciano era el dignísimo Obispo de Canarias, el hoy difunto y nunca bastante llorado P. Cueto.

¡Descanse en paz el alma del varón justo!

Pero todo este cúmulo de virtud y merecimientos no basta para hacer un cumplido elogio de nuestro malogrado Obispo. El P. Cueto no fué solamente un santo: el P. Cueto fué también un sabio y un hombre de refinado gusto literario. Su palabra hablada y escrita, en que se manifestó y quedó estampado su espíritu excelso durante su preciosa vida entre nosotros; aquella palabra correcta, sobria, sencilla, serena, llena de celestial unción, que tantas fuentes de gracia reabrió en el interior de las almas canarias, realza á nuestros ojos la hermosa personalidad del varón santo, del padre cariñosísimo, que, rehusando las mitras de Calahorra, Segovia y Orense, nos amó con amor tan entrañable, que llegaba á decir con

frecuencia: «De entre mis amados hijos, los canarios, al sepulcro.»

Partiendo de aquella memorable fecha en que inauguró su glorioso pontificado; por espacio de diecisiete años que vivió en esta tierra, dejó oír bajo las bóvedas de todos los templos grandes y pequeños de su Diócesis, y en un gran número de ellos con muchísima frecuencia, esa misma palabra; y en el mismo lapso de tiempo publicó cincuenta y dos Pastorales, y otros insignes trabajos (1), lagos de tersa y límpida superficie donde han quedado retratados su cabeza y su corazón venerables.

Las altísimas verdades teológicas que esas obras contienen, sus profundas ideas filosóficas, su forma interna y su pensamiento, trasparentados por una nobilísima forma externa, tan sencilla y sabiamente modificada, llamó siempre la atención del público; y la impresión que recibió de ellas, fué demasiado profunda para que no se marquen muy distintamente, no sólo en los anales de la ciencia teológica y filosófica, sino también en los de la verdadera oratoria pastoral y predicación cristiana. Y ésta es la humilde flor que yo deseo colocar sobre la fría losa que cubre sus venerandas cenizas. Paréceme ella suficiente, si no para señalar cada una de las fuentes de sacro saber en que bebió, y descubrir sus procedimientos científicos en cada una de sus producciones, á lo menos para vislumbrar, á través de su sepulcro, y apreciar la inadvertida misteriosa cualidad de su palabra hablada, y formar una idea, aunque vaga, de sus grandes vuelos intelectuales.

* * *

Aunque lo que voy á discurrir ahora aparezca sumamente pálido junto á un trozo de vivísimos colores, tengo la honra de copiar aquí las palabras de

(1) Véase la nota 2.^a del Apéndice.

un incomparable escritor español, cuya ingenua pluma, que, como él mismo confiesa en alguna parte de sus obras, detesta la indiscreción en las alabanzas, y aun (añadiré yo) abomina de los elogios que no brotan de un corazón sincero, nos ofrece la fisonomía científica y literaria de nuestro ilustre finado, caracterizada con dos rasgos de noble y robusta expresión.

Y doy en este punto la preferencia á este respetabilísimo testimonio, porque deseo que, si alguien se dignare seguir leyéndome, no aparte su atención de esta corona de perlas inapreciables en todo lo que voy á decir de mi propia cosecha.

«He repasado (dice nada menos que Menéndez y Pelayo, en carta particular á su paisano y amigo, el Obispo de Canarias) he repasado con grande interés sus pastorales y opúsculos teológico-filosóficos. Al tratar de las relaciones entre el dogma y la libertad, de la libertad de pensamiento y del peligro de las malas lecturas, del malhadado proyecto de ley de asociaciones, de la organización de los estudios en los seminarios y de otros puntos de no menor importancia é interés actual, vierte Vd. con noble sencillez de estilo, y con todo el fervor y unción propios de un alma verdaderamente sacerdotal, altos conceptos doctrinales muy bien digeridos y acomodados á las necesidades de los tiempos presentes. En las varias disertaciones recogidas bajo el título de *Pagella Theologico-philosophica*, se ve cuán honda es la cantera de que tales piedras han sido cortadas; pues sin esfuerzo alguno, y con claridad suma expone Vd. algunos de los teoremas capitales de la ciencia sacra. Mi humilde pláceme por tan excelentes trabajos.»

Á estas frases de tanto valor, por haber salido de labios tan autorizados como los del sabio montañés, prez y honra del mundo de las letras, cuyo nombre debiéramos todos, propios y extraños, pronunciar

siempre con sumo respeto, ¿qué pueden añadir los míos que no resulte descolorido á su lado?

Al leer este soberano juicio crítico, hallado entre los papeles de nuestro ilustre finado; al ver (lo confieso ingenuamente), al ver que solas esas hermosas palabras eran bastantes para formar un homenaje cumplidísimo; y al considerar que donde el Maestro entra, sólo pueden entrar los reyes, el primer impulso que entonces experimenté fué el de desistir de mi empresa. Mas, alentado después por la idea de que en mi empezado trabajo, aunque desmañado, pudiera haber algo ignorado tal vez, ó inadvertido por muchos, me resolví á continuarlo. Allá va, pues, aunque no tenga otro mérito que el que pueden prestarle la excelsa figura del inmortal Prelado, y la buena voluntad con que lo hago.

.

La justa y merecida fama que entre los habitantes de esta tierra había precedido al P. Cueto (como hasta los niños, y hora es ya de decirlo, solían llamar candorosa y cariñosamente á nuestro querido Obispo); sus sólidos estudios, hechos desde sus primeros años en la ilustre Orden de Predicadores, cuna de tantos sabios y santos, y que tan grandes servicios ha prestado á la Iglesia con la abnegación heroica de sus miembros, los cuales, arrostrando muchos de ellos la muerte y el martirio, han llevado la luz del Evangelio por todas las partes del mundo; su magisterio ejercido con tanto fruto en Manila, en Ávila y en Ocaña; sus laureles conquistados en públicos certámenes científicos; sus trabajos apostólicos verificados en la Península y Filipinas; su candoroso corazón; su carácter humilde y bondadoso; su espíritu lleno de mansedumbre y de modestia, todo nos hacía presagiar, con su venida á esta Diócesis, un pontificado de paz, de ventura y de sólidas

enseñanzas. Y así lo vimos realizado (1). Su palabra escrita no es más que una pequeña parte de su fecunda labor en medio de la grey que Dios nuestro Señor confió á su pastoral custodia. Su palabra hablada, por espacio de los diecisiete años que llevó entre nosotros, descendió desde la Cátedra Sagrada llena de tierna unción, cual rocío benéfico, sobre los corazones endurecidos, ó marchitos y angustiados; pero con la particularidad notable de que se derramó siempre serena y apacible, con suma sencillez, pureza y naturalidad, compensadas, ó más bien, sublimadas por la majestad y profundidad de sus ideas; sin pintar nunca cuadros aterradores, ni valerse de agudas invectivas, ni de duros azotes, ni de truenos ni relámpagos, para elevar las almas y perfeccionarlas en la virtud y santidad. Y es que, á falta de las pasiones oratorias de entusiasmo y de fuego, que, bien manifestadas y dirigidas en el púlpito, pueden hacer oír el paso de los verdugos que lavan en sangre los crímenes de los pecadores, pero que mal desarrolladas no producen en los oyentes sino pasajeros estremecimientos y contorsiones de nervios, había en la palabra del P. Cueto una cualidad misteriosa que lastimosamente pasa inadvertida para muchos, como aplicable, y aun necesaria al orador perfecto, suponiendo que se dé. Me refiero á su vida ejemplarísima.

Cada vez que tuve el honor de escucharle, al ver la simpática serenidad con que exponía el asunto en que se ocupaba, me convencí más y más de que ni la ciencia, ni la literatura, ni el arte solos; ni el alma que responde con nerviosa agitación á todas las ideas, impresiones y sonidos; ni la imponente figura física: *arpa cuyas armoniosas cuerdas vibran al tacto de un artista invisible que se revela y comunica*; ni la clara, llena, flexible y argentina voz, que con dejar-

(1) Véase la nota 3.^a del Apéndice.

se oír fascina y hace simpática la palabra; ni la acción: lenguaje y elocuencia del cuerpo, según Demóstenes; ni la artificiosa declamación; ni la brillante retórica; ni el delicado lirismo; ni el elegante, enérgico y variado estilo; ni el razonamiento deslumbrador y contundente; nada de esto, ni de todas estas cosas juntas, hacen al verdadero orador, si falta en él la probidad. Sin esta cualidad, la palabra más elocuente pierde su eficacia para penetrar en los corazones y producir en ellos movimientos saludables. Al contrario, el varón lleno de piedad y merecimientos, como dice Virgilio, es siempre escuchado con silencio y atención, *evectis auribus*; y domina con sus palabras las almas, y ablanda los corazones: *Ille regit dictis animos et pectora mulcet*. Por otra parte: según Catón, el orador no es otra cosa que *Vir probus dicendi peritus*.

Pues bien: si esta definición es verdadera, como yo presumo, por el testimonio de los grandes maestros que la han repetido y comentado de Catón para acá, no hay duda que el P. Cueto estaba adornado de la primera y más esencial de las dotes oratorias: la honradez, la probidad, la virtud. Él pudo llamarse, con toda razón, *Vir probus*, bajo tres aspectos: como hombre, como religioso y como Obispo.

Desde el primer punto de vista, lo primero que se manifestaba, como ya hemos indicado, era un hombre que había formado, bajo los cuidados paternales, y en la viveza de la fe, su corazón y su espíritu, que habían de perfeccionarse luego en la vida religiosa, y derramarse algún día, á manera de benéficas nubes, sobre tantos espíritus y tantos corazones: un hombre que en fuerza de su bellísima natural condición, y bajo la poderosa influencia de la educación cristiana, en el sentido que más honra á la naturaleza humana y á las familias, desenvolvía

y ostentaba su bondad, dulzura, delicadeza, religiosidad y cultura.

En segundo lugar, todas estas prendas de probidad, honradez é ilustración, fueron acendradas con la disciplina religiosa. En el claustro, donde se encerró desde sus más tiernos años, fueron aumentadas con la pobreza, castidad y obediencia voluntarias; con el ayuno, silencio, mortificación y penitencia; con el canto de las alabanzas divinas á media noche; con el vestido de lana á raíz de la carne; con el más claro conocimiento de Dios, que es la ciencia más encumbrada; con el más ardiente amor á Dios, que ennoblece más y hace más feliz al hombre; con la más íntima unión con Dios, que es el *desideratum* del alma.

Y toda esta copia, en fin, de piedad y merecimientos, fué sublimada con las virtudes pastorales. Todas las excelentes cualidades que el Apóstol exige en un Obispo, por las cuales debe hacerse y ser todo para todos, *omnia omnibus*, resplandecían en el nuestro. Durante el tiempo que vivió entre nosotros no tuvo más fin que vaciar de sí mismo su corazón para que entrasen en él todos aquellos á quienes le había dado por hijos la Divina Providencia. En condiciones de desinterés y de consagración sin límites, y agitado siempre por el temor de que al Pastor ha de pedirle Dios cuenta de las ovejas que no se salven, no omitió diligencia alguna para que no se perdiese una sola de las que le habían sido encomendadas. En sus visitas pastorales, hechas siempre con grandes dificultades, no sólo á causa de su avanzada edad, sino por los peligros del mar y lo escabroso del terreno en algunas de nuestras islas, se mostró siempre el enviado del Cielo, el Ángel de la caridad y de la paz, á cuya presencia, llena de bondad y de dulzura, se hizo amable la fe que enseñó, y se gloriaron

las almas en pertenecer á la Iglesia, de la cual era él insigne lumbrera y ornamento.

Pero no insistamos más en su probidad, secreto escondido de su elocuencia y dote que debe poseer todo orador para que su palabra, penetrando en las almas, produzca en ellas frutos de virtud y buenas obras: sola su palabra escrita, solas sus Cartas Pastorales bastan para retratarle de cuerpo entero y darle fama imperecedera.

Acaso esté demás hacer notar, que, si es absolutamente imposible que todas las obras de un escritor, aun del más renombrado, sean igualmente perfectas, estoy lejos de creer que todas estas producciones encierren la misma perfección. Ni la verdad que se me impone, ni el respeto que debo tener á los que más saben, me permiten afirmarlo, ni mi entusiasmo, aunque grande, ni el amor que profesé á su dignísimo autor me arrebatan y me ciegan.

También estará demás advertir que estas obras tienen una desventaja; á saber: que aunque el Padre Cueto fué autor de ellas, no pudo ni puede ser ya actor de las mismas. Esta circunstancia, si no amengua su valor intrínseco, le disminuye con respecto á los lectores. Por demás sabido es que, entre los buenos discursos, los que menos impresión causan en el ánimo, son los discursos leídos. Es muy natural; son letra muerta, y no pueden dar idea del efecto que pudieran producir *radiantes de la interna luz y caldeados del interno fuego*, que desde una cátedra pudiera su autor comunicarles. Por otra parte, con su lectura no puede establecerse esa corriente de inspiración, de entusiasmo y de simpatía que debe haber siempre entre el orador y su auditorio. Cuando en el púlpito de nuestra Basílica oímos por primera vez á nuestro malogrado Obispo, todos los que tuvimos la fortuna de escucharle, sentimos la inspiración de su autorizada palabra. Cierto que no

nos hallábamnos al nivel del sabio predicador, pero nos comunicábamnos: nosotros recibíbamnos fuego de su fuego é inspiración de su inspiración; él tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo y gozo de nuestro gozo; él era el espejo en cuyo foco reflejábanse concentrados los rayos que acaso partían de nosotros mismos; nosotros éramos el cristal en cuyo centro convergían los vívidos destellos de su elocuencia. ¿A quién pudo ocurrírsele entonces que aquellas hermosas frases no fuesen naturales, verídicas, espontáneas, como su plateado acento, como su majestuosa acción, como el color de su semblante, como el chispear de sus ojos? Á nadie. Era aquel un discurso de aquel santo lugar, de aquel momento, de aquella escena, de nuestro Obispo, en nuestro idioma, en la sonora lengua de Castilla, en lenguaje puro y castizo que no estábamos acostumbrados á oír, en períodos divinos que nos arrebataron; un discurso, en fin, que comprendimos, y sobre cuyo indiscutible mérito no pudieron suscitarse discusiones. Y no obstante, el P. Cueto lo había tal vez pensado pocos momentos antes, sobre las olas del mar, ó entre las ardientes aclamaciones de la multitud; solo, sin público que le escuchara, y bajo la inspiración de las ideas de su espíritu, de los sentimientos de su corazón y de la profundidad de su talento. ¿Hubiera su oración producido el mismo efecto si la hubiese leído á solas á cada uno de sus oyentes? Seguramente que no. Pues bien: lo que hubiera sucedido con aquel discurso así pronunciado, puede acontecer con los que salieron de su damasquinada pluma; pero su intrínseco valor es el mismo. Sin establecer comparaciones imposibles, hagamos algunas reflexiones sobre su fondo, pensamiento y formas, reveladoras de una gran personalidad científica y literaria.

Sólo Dios puede revelarnos las inefables maravillas que oculta en su misterioso seno, mar sin orillas, por el que ningún entendimiento humano puede navegar sin el auxilio de la gracia. Por esto el Señor, acomodándose á nuestras necesidades, habló al mundo, primero por los Profetas, después por su propio Hijo, y últimamente por los Apóstoles. *Id, y enseñad á todos los pueblos de la tierra*, dijo á éstos Jesucristo, y en ellos á todos sus sucesores. *Así como mi Padre me ha enviado, así también os envío yo á vosotros*. Y para autorizar mi palabra os declaro que *el que os oye, me oye, y el que os desprecia, me desprecia*.

Basada su autoridad sobre estos incommovibles principios y solidísimos fundamentos, propone y empieza á desarrollar nuestro inolvidable Prelado su programa espiritual. «*Venimos, dice, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo á velar sobre la conservación de las verdades necesarias para la salvación de nuestros hijos; á propaǵarlas hasta donde fuere necesario; á recordarlas al que hubiere tenido la desgracia de olvidarlas, y á defenderlas contra los que las contradijeren. Debemos mantener el fuego sagrado de la caridad que es el alma de la fe; avivarle en los que tienen la dicha de arder en él, y encenderle de nuevo en el corazón de aquellos en quienes, por desgracia, se hubiere apagado.*»

Felicísimo en el desarrollo de ese programa, yo no se qué admirar más en sus Pastorales: si la profundidad de sus pensamientos, ó la sencillez y pureza de su forma externa y su estilo. Para hacerse cargo de su valor científico y literario es menester repasarlas con cariño de verdadero católico, ó con ánimo de llevar al espíritu el gozo que produce siempre la lectura útil y dulce á la vez. Ahí están, sino, las que tratan de las postrimerías del hombre; y entre ellas, la de *La Vida inmortal*: «*vida en que*

se goza eternamente del riquísimo festín, y de la gran cena dispuesta por el Padre de Familias, Señor y Dueño de todas las cosas;» la de la *Sociabilidad humana*: «martillo contra el masonismo;» en la cual con fuerza de lógica incontrastable prueba que «la separación de la sociabilidad del hombre de las relaciones con Dios, es la muerte para ella; echándose de ver en la misma uno de los extremos de este formidable dilema: ó esclavitud bajo el omnímodo despotismo del más atrevido ó más afortunado, ó guerra perenne y encarnizada de unos individuos contra otros;» la de la *Existencia y ministerio de los Ángeles*, donde, en un arranque sincero y digno de San Agustín, dice: «Es causa fallada ante el tribunal de la fe y de la razón, á la luz de la revelación y de la razón natural: sobre el mundo de los cuerpos y de la materia, del cual resulta el misterioso ritmo y cántico sublime que en notas soberanamente armónicas cantan la gloria de Dios, álzase deslumbrador y espléndido el mundo de los espíritus, ante cuya grandeza y belleza palidecen las de aquél;» la de *La Palabra Divina*, en que se lamenta de que corran unos tiempos «que si no son los anunciados por el Apóstol, se les parecen mucho; en que, hasta entre los mismos cristianos, existen hombres, que apartando su oído de la verdad, hánle aplicado á la fábula;» la de *La Vida de la Fe*, «antorcha que, á pesar de su oscuridad, todo lo alumbrá, chispa que todo lo enciende, fuerza que todo lo avasalla;» la del *Primer principio vital de la Fe*: la Caridad, «única que da la vida al mundo espiritual; sin la cual no habrá más que gérmenes, rescoldo, huesos áridos y diseminados;» la de la *Soberanía de nuestro Señor Jesucristo*, «á cuyo divino imperio se hallan sometidos los espíritus y los cuerpos, los cielos y la tierra, lo animado y lo inerte, el tiempo y la eternidad;» la de la *Misericordia de Dios*, «anillo en que viene á termi-

narse la cadena, formada de los atributos y perfecciones de todo orden, con que Dios nos ha enriquecido;» la de la *Maledicencia*, «peligrosa y terrible epidemia, foco de corrupción, antro de perversidad, en que nuestras facultades de pensar y hablar contra la fama del prójimo, vienen á precipitarse, cayendo desde el cielo de la verdad y la honradez, al infierno de la mentira y de la iniquidad;» la de la *Libertad del pensamiento y las lecturas*, en que, después de señalar la distinguidísima nobleza y altísima importancia del pensamiento humano, proclamándole «soberano que manda y gobierna en todos los dominios del ser, lo mismo en los del real ó positivo, que en los del fantástico ó imaginario; acto de potentísima fuerza asimiladora, que convierte, en cierto modo, en su propio ser el de todos los demás; maravilloso espejo en el cual se reproducen la imagen y semejanza de los espíritus y de las cosas materiales; imán poderoso que trae á sí al mismo Ser Supremo, al Ser positivo y absolutamente infinito,» demuestra la ilicitud de pensar «de dentro para fuera, y de fuera para dentro» contra el bien, la verdad y la justicia. Ahí están las de *El Rosario*, «distinguidísimo lema escrito en la bandera del Catolicismo; místico rosario que descuella sobre las demás oraciones por su especial hermosura espiritual y copiosa virtud para recrear y robustecer el alma, y hacerla mirar con hastío las cosas meramente terrenas y materiales, y desear y buscar con ardor las espirituales y eternas; historia compendiada de la obra estupenda de la Encarnación y Redención; recordatorio perenne al alcance de todos, que nos pone á la vista los sapientísimos y misericordiosísimos consejos de Dios nuestro Señor acerca de la salvación del humano linaje; arma divina para las batallas que hemos de librar bajo la bandera del Papa, Capitán generalísimo de los ejércitos de Dios;» y, por fin, ahí

está la de la *Iglesia Católica*, «depositaria y maestra infalible de la fe; doctora que nos instruye é ilustra con sus celestiales y divinas enseñanzas; madre que nos ha engendrado á la vida de la gracia, y nos amamanta con la leche de sus dogmas y sacramentos.»

¿Quién puede manifestar los tesoros de ciencia divina que contienen esos insignes documentos? Evocando nuestro inolvidable Obispo, desde la soledad de su gabinete, las altas y bajas espirituales de su Diócesis, (la cual si no es modelo de virtud, es una de las más religiosamente sanas de la Nación española; y pase la ingenuidad, por la parte que como canario me toca); poniéndose mentalmente en relación con ella: con los cambios que se verifican ó pueden verificarse en la misma; con el tiempo en que debe argüir ó exhortar; con el medio en que ha de caer y obrar su palabra; con los descuidos que puede haber, por parte de los padres, en la educación de los niños; con los abusos en la enseñanza pública, ó privada; con las luces adquiridas, ó tinieblas acumuladas á causa de las representaciones de las obras teatrales moralmente malas; con las arraigadas preocupaciones de las inteligencias; con los escándalos y corrupción de las costumbres; con la incredulidad, la duda y la indiferencia en materias de Religión; con los extravíos y locas novedades de los tiempos modernos contra el orden sobrenatural; con las modificaciones que pueden existir en la vida material, civil, política y religiosa; con todo aquello, en fin, que puede hacer retroceder ó adelantar en el camino del bien, somete su inspiración y su talento á las enseñanzas de la actual experiencia, ó al progreso ó retroceso de la vida espiritual de sus diocesanos; y sacando de su inteligencia y de su corazón sus Cartas Pastorales, y entretanto, (*oblectamenti causa*, como él sonriendo humildemente decía), por de-

leite, unas veces, de sondear el seno eternamente fecundo de la vida de Dios, y otras, por especiales necesidades de la época presente, sus *Pagella Theologico-philosophica*, *Estudios en el Seminario*, *Ley de Asociaciones y Clericalismo*, derrama en el alma de sus hijos cuanto ilustra, y previene, y eleva, y consuela, y alienta, y confirma, y les abre la senda de la divina misericordia y el camino de la perfección cristiana: ¡labor extraordinaria realizada en medio de tantos y tan grandes cuidados episcopales!: manantial fecundo de las más altas, profundas, sanas y saludables verdades, expuestas además con tan correcto y exquisito gusto literario!

*
*
*

Tengo para mí que algunos de los defectos y perfecciones, que, literariamente hablando, se atribuyen á una obra, cualquiera que ella sea: ya didáctica ó poética, ya profana ó sagrada, ya escrita en prosa ó en verso, pueden consistir, en parte, en el modo de apreciarla, ó en el juicio recto ó erróneo que se haya formado de antemano de los vuelos y alcances intelectuales y morales de su autor; y á veces también de la templanza ó destemplanza, de la buena ó mala fe del crítico que le juzga. Por ello me veo obligado á protestar contra la opinión de los que aseguran ser pura repetición de pensamiento, imitación de estilo y amaneramiento de escuela lo que es muchas veces individual y propio y tan espontáneo y natural, y aun necesario al escritor, como las flores al prado, como los fulgores á la luz, como las olas al mar.

Las edades y las épocas, por lo que respecta al asunto que nos ocupa, han sido y son siempre las mismas: con el mismo semblante y la misma fisonomía; porque la verdad con su noble intransigencia, el

error con sus falsedades y el corazón humano con sus pasiones, así lo han exigido y exigen imperiosamente. Las épocas y las generaciones pueden dar (por no decir que de hecho dan) á todos los literatos y poetas que las cantan, y á todas sus obras, y bajo todas sus formas, un mismo tono: el tono de unos mismos principios, de unas mismas ideas y de unos mismos sentimientos generales, buenos ó malos, dominantes en ellas. Pues bien: á todos los escritores sagrados y predicadores evangélicos, todos los siglos, todas las edades y todos los tiempos les prestan la misma nota, la cual debe vibrar siempre en todas sus producciones, en fuerza de una misma verdad, de un mismo pensamiento, de una misma doctrina, de una misma Religión, de un mismo Culto, necesarios como Dios mismo que se ha dignado revelarlos é inspirarlos. Todos los temas de la predicación cristiana han sido ya, en el transcurso de veinte siglos, expuestos por los anunciadores de la Divina Palabra. Todas las verdades teológicas, filosóficas y morales; todas las virtudes y todos los vicios; todo lo que hay de bueno, de bello, de noble, de grande y digno del hombre, desde el primer día de la creación hasta hoy; todo lo que han dicho los grandes maestros y modelos de la elocuencia sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento: un David con las armoniosas cuerdas de su arpa; un Isaías, *el Demóstenes y el Pindaro de los Hebreos*, con sus amenazas, increpaciones y consuelos; un Jeremías con sus suspiros y lágrimas; un Ezequiel, de tan trágica y y conmovedora representación, con sus atronadores acentos; un Daniel con su piedad y su prudencia; un Pablo con su fogosidad y suma sensibilidad unas veces, y otras con su clemencia inaudita y su inalterable mansedumbre; y un Nacianceno con su elegancia y armonía; y un Niceno con su vigor y magnificencia; y un Basilio, *sin rival en el arte de bien decir*,

con su nobleza y elevación; y un Crisóstomo, príncipe de la elocuencia griega, con sus rayos insinuantes; y un Tertuliano con la esbeltez y atrevimiento de sus ideas, é irresistible poder de su lógica; y un Hilario con la fuerza y rigor de su dialéctica; y un Ambrosio con su majestad, gracia y emociones dolorosas; y un Agustín, primer maestro de la elocuencia latina, con sus brillantes é incisivos rasgos, y un Bernardo con su encantadora dulzura..... todo, todo ha sido tratado y manoseado, si vale la palabra, por los demás escritores y predicadores católicos, en la medida de sus fuerzas. La cátedra del orador sagrado ha sido el mundo entero: el punto de vista, en el cual se ha colocado, ha sido el criterio cristiano, monte elevadísimo, desde donde lo ha mirado y lo ha anunciado todo: Cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad.

De modo que en todas las obras de una misma especie ó de un mismo tema, debe necesariamente haber un fondo común. Los materiales están esparcidos por todas partes, sia dueño propio, y cada maestro toma aquellos que más le agradan, y los elabora, y pulimenta, y coloca, y levanta su edificio como Dios le da á entender. ¿Qué extraño es, pues, que haya en todas estas obras un principio igual, y aun idéntico, esencial á todas ellas? Buscar, por consiguiente, afanarse por hallar en cada una de las especies de las producciones de nuestro difunto Prelado un fondo diferente ó nuevo, y que sea al mismo tiempo verdadero, casi me atrevo á asegurar que es no conocer lo que constituye el fondo propio y genuino de una obra.

Y no obstante ser el fondo tan antiguo como las altísimas verdades vertidas en ellas, hay novedad en la adaptación de las ideas al medio intelectual, social y moral; hay novedad en la forma interna y concertado plan de las razones; hay novedad en la

acertada disposición y alteza de los pensamientos suministrados por la invención; y más aun la hay en los mismos pensamientos; no en virtud de la hermosa vestidura de la forma externa, del estilo y del sello particular que su dignísimo autor les imprimió, sino en fuerza del ropaje de especiales circunstancias ó ideas accesorias, con que les dió un nuevo aspecto como él sabía hacerlo con mano maestra.

En vano, pues, se diría que no hay en estos trabajos, ó hay en ellos pocas ideas originales. «La verdad, como dice el Maestro (1), siempre es vieja: las ideas pertenecen á todo el mundo: ó más bien, sólo son de los que las traban por arte no aprendido, y hacen de ellas un cuerpo robusto, y les dan forma definitiva é imperecedera.» Y nuestro difunto Prelado fué originalísimo en la trabazón de las ideas madres, y en su adaptación al justo medio; sin que la regularidad de cada uno de sus documentos esconda partes endebles, ni espacios huecos, sino fuertes y llenos de accesorios pensamientos y circunstancias particulares.

Pero lo que ha llamado más admirable y agradablemente la atención del que ha oído leer ó ha leído estas obras de nuestro difunto P. Cueto, es su forma externa y la hermosa sencillez de su estilo.

Nacido en el norte de nuestra Península; arrullado por los rumores de las olas del Cantábrico y de las perfumadas brisas de la Montaña, madre fecunda de tantos ingenios, sabios, literatos y hablistas; educado cuidadosamente desde niño en la escuela superior doméstica, donde, en aquella tierra, empieza á aprenderse la pureza, sencillez y corrección de la hermosa lengua castellana, é imbuído desde los primeros años de su juventud y entre las paredes de un convento en el estudio de los grandes teólogos y filósofos, y en la lectura de los libros clásicos ascéticos,

(1) Menéndez y Pelayo.

nuestro ilustre finado parece que hizo revivir en sus escritos la abundante y sólida forma externa de los más profundos pensadores, y el estilo de nuestros mejores prosistas.

Aunque otra cosa no, la solidez, exactitud, claridad y sencillez, cualidades principales de su lenguaje y estilo, lo denunciarían como fiel y aventajadísimo discípulo de Santo Tomás de Aquino.

El Angélico Doctor es águila que se remonta á las sublimes regiones de la Teología y de la Filosofía. Desde allí, con su mirada en el Sol Infinito, no le ofuscan los vívidos destellos de su luz eterna; antes bien se convierte en nuevo Sol. Desde allí ve el universo entero, y abiertos en él los tesoros de la naturaleza y de la sociedad. Cerniéndose en aquella altura inmensa, lo escudriña, lo sondea y lo abarca todo, y levanta su obra, monumento grandioso é indestructible de un entendimiento como el suyo, á tan altas regiones elevado por una fuerza celestial. Todas las ciencias divinas y humanas vienen á serle familiares: el mundo de la naturaleza y de la gracia se rinden á su aguda y clara penetración. De aquí la gran solidez, exactitud y precisión de sus pensamientos, y la claridad y sencillez de su lenguaje. Como quien posee por completo la verdad, no titubea; resuelve de plano, define sin dudas ni temor de equivocarse, y siempre escribe con la misma sencillez, exactitud, solidez y claridad que piensa.

Nuestro malogrado Obispo, digno discípulo de tan gran Maestro, reflejó fielmente el carácter ó fisonomía visiblemente predominante en las obras del Ángel de las Escuelas.

Razón penetrante y serena, entró en los oscuros laberintos filosóficos, y navegó por los dilatados y profundos mares de la Teología, alumbrado por el faro de la Fe, y conducido por la mano de su Maestro. Á su paso, siempre seguro, miró, observó y es-

cuadrinó las más arduas cuestiones desde su verdadero punto de vista, y las expuso con la misma suma claridad y sencillez con que las percibió.

Henchido de textos de la Sagrada Escritura, robustecido con las enseñanzas de los Santos Padres y demás Doctores de la Iglesia, y guarnecido con esas refulgentes piedras preciosas de los escritores ascéticos, su lenguaje es, naturalmente, como lo exigía su carácter y la índole de sus obras, sereno y reposado, sin dejar de ser á veces, animado y vivo, como quien pretendía persuadir al entendimiento, y al mismo tiempo vencer la voluntad y mover el corazón: pero siempre exacto, sólido y preciso.

Limpia de las feas manchas de barbarismos y solecismos que destruyen despiadadamente la corrección, propiedad y elegancia de nuestro idioma, es su frase pura, sin exceso, y variada siempre.

Temperamento sensible y equilibrado, corazón en cuyo fondo cantaba admirablemente la poesía (1), conciencia llena de prudencia artística, modificaba la forma externa con lucidez y tersura, pero sin relamido artificioso, y la hacía moverse sin embarazo, con andar majestuoso y ademanes nobles y halagüeños.

Rechazando siempre las flores de invernadero, las bagatelas sonoras, las empalagosas descripciones y los vanos oropeles, propios para deslumbrar á los oyentes ó lectores; y exento de vulgares pensamientos, de vagas expresiones, de amplificaciones viciosas y de palabras inútiles, su estilo juguetea con gracia, delicadeza, moderada energía y puro y sencillo adorno, que es el que constituye la verdadera elegancia: ¡valiosa cualidad que entre los Prelados españoles tenía el nuestro, hombre de poderosa inteligencia, de recto sentido artístico y de refinado gusto y oído, educados en la escuela de los grandes

(1) Véase la nota 4.^a del Apéndice.

pensadores, y en la de los ascéticos de la edad de oro de nuestra literatura, especialmente del Venerable P. Granada, Fray Luis de León, y Santa Teresa de Jesús, á quienes diariamente leía y meditaba!...

Este fué el P. Cueto, el dignísimo Obispo de eterna y santa memoria, que rigió por espacio de diecisiete años los destinos espirituales de la Diócesis de Canarias, y de quien nos queda, en medio de nuestro dolor, el dulce recuerdo de habernos pertenecido: «*Gaudeas quod talem habueris.*»

Tales son sus obras, que si no pueden llamarse páginas de oro bruñido y deslumbrador, son tersas y pulidas hojas de acero damasquinado.

Y sobre este hombre extraordinario, tan eminente en saber y en virtud, se extendió la mano del Señor el día dos de Agosto y le hirió; pero tan levemente que apenas parecía haberle tocado. Lo ligero del mal, el buen temperamento y robustez del ilustre enfermo, las conjeturas del arte... todo, todo adormecía nuestro temor. ¡Acaso para que así se engañase nuestra pena! La muerte cruel, que hasta el día quince había estado escondida en su seno, dejóse ver el dieciséis por la noche con toda claridad; y los primeros albores de la mañana del diecisiete anunciaron el sueño del justo. La triste noticia cundió rápidamente... y los sagrados ministros subieron afligidos al altar... y los ciudadanos corrieron á los templos... y los pobres levantaron sus manos hacia el Cielo... y las vírgenes del Señor lloraron con silencio en el santuario... y al fin sonó la hora de Dios: la hora suprema de premiar ó castigar eternamente. Á las ocho en punto, el alma del P. Cueto, fortificada con los últimos Sacramentos de la Iglesia, rodeada y llorada por su Cabildo Catedral, por sus hijas las Dominicas de la Enseñanza y por sus familiares y amigos íntimos, rompió las ligaduras de la carne, y

compareció ante el tribunal, no de un Juez terrible, sino de un Padre cariñosísimo que la habrá acogido ya en su Reino Santo en premio de sus buenos ejemplos. ¡Descanse en paz!!

¡Alma grande y humilde!: dignaos recibir y aceptar desde lo alto de la gloria que disfrutáis, como piadosamente confío, esta siempreviva que vuestro hijo y amigo coloca sobre la fría losa de vuestro sepulcro, como homenaje á vuestra virtud, á vuestro saber, á vuestra apostólica autoridad y á la íntima y tierna amistad que le dispensasteis.

¡Alma caritativa y justa!: si gozáis ya el inmortal fruto de tantas obras de vida; si estáis recogiendo las bendiciones que sembrasteis acá en la tierra, ya que no podéis proseguir alimentando nuestros espíritus con el pasto de vuestras enseñanzas paternales, acordaos de los que fueron vuestros hijos en el mundo, y escoged para ellos un Pontífice amante y fiel en los tesoros eternos.

Suene, ¡oh Pastor solícito y cuidadoso!, suene siempre desde el Cielo vuestra voz dulcísima en medio de esta porción de la Grey del Señor que estuvo por tanto tiempo encomendada á vuestro cuidado pastoral.

FRANCISCO VEGA Y LORENZO.

Las Palmas, 2 de Septiembre de 1908.



APÉNDICE



APÉNDICE

NOTA PRIMERA

El Excmo., Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Fr. José Cueto Díez de la Maza nació en Riocorvo, Provincia y Diócesis de Santander, el 4 de Noviembre de 1839. Tomó el hábito dominicano en el Colegio de Ocaña, el 17 de Septiembre de 1857; el 19 de idéntico mes de 1858 hizo en la misma Casa su profesión simple, y el 18 de Marzo de 1862 la solemne. Terminados los estudios de la Orden, hiciéronle Lector de Filosofía; siendo ya Maestro de estudiantes, Director de la V. O. T. y Secretario del Consejo de la Casa. Con fecha 9 de Mayo de 1873 se acordó llevarle á la Universidad de Manila para que se hiciese cargo de la cátedra de Disciplina Eclesiástica, vacante por haber partido para Tungkín el que la desempeñaba, Sr. Terrés. El Capítulo de 1874 le encomendó el Vice-rectorado de la Universidad, la cátedra de Cánones, la crónica de la Provincia y una llave del depósito del Colegio; y el de 1878, en el cual ejerció el cargo de Secretario, le nombró Predicador general y le confirmó en los dos primeros cargos del Capítulo antecedente. Fué vocal de la Junta permanente de censura, socio de número de la Económica de Manila, censor de periódicos de la misma Sociedad Económica, y, en diferentes ocasiones, vocal de algunas comisiones de la misma Sociedad. Fué también examinador sinodal del Arzobispado de Manila y de los Obispos de Jaro y Nueva-Cáceres, encargado de la forma de publicación del «Boletín Eclesiástico», con carácter permanente, Director interino de la V. O. T., y miembro de la comisión administradora del Colegio de San José, para estudiar el estado de sus bienes y presentarlo al Sr. Vice-patrono para un arreglo definitivo. Licenciado en Derecho canónico, ha-

biendo recibido en Septiembre de 1874 la borla de Doctor en la misma facultad, el Capítulo de 1881 le mandó al Colegio de Ávila encargado de la cátedra de Prima, si bien explicó á la vez, por falta de personal, Cánones y Retórica hasta el Capítulo de 1886 que le exoneró de la cátedra de Teología, dejándole las dos últimas. Desempeñó además en dicho Colegio los cargos de censor de impresos de la Orden, miembro del Jurado para los tres trabajos del certamen celebrado en Ávila con motivo del Centenario de Santa Teresa de Jesús, Vicario y depositario de la casa y confesor ordinario de las monjas Concepcionistas de la misma ciudad.

⁴ Elegido y confirmado Rector del Colegio de Ocaña, tomó posesión de su cargo el 28 de Agosto de 1889, y antes de terminar el trienio, fué electo para este Obispado de Canarias. Preconizado por S. S. León XIII el 1.º de Junio de 1891, el 27 de Septiembre del mismo año recibió en Ocaña su consagración episcopal con gran concurso del pueblo, de mano del Sr. Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, en nombre del Sr. Cardenal Dr. D. Fr. Ceferino González que se hallaba indispuerto, siendo asistentes los señores Obispos de Lugo y Vitoria.

NOTA SEGUNDA

Además de las Cartas Pastorales, sus obras son:—*Los Estudios en el Seminario, Universidad Pontificia de Canarias*, por el «P. Fray José Cueto, Obispo de la misma Diócesis».—Las Palmas; Imp. del Boletín Eclesiástico, 1902, 42 págs., 4.º.

—P. Fr. Josephi Cueto Diez de la Maza, Episcopi Canariensis: *Pagella Theologico-philosophica*.—Palmis Canariarum, Typis ephemeridis ecclesiasticae, 1905, 4.º, 74 páginas.

—*La Ley de asociaciones ante la razón y el derecho*, por el P. Fray José Cueto, Obispo de Canarias: Noviembre de 1906. —Las Palmas; Imprenta del Boletín Eclesiástico, 29 págs., 4.º.

—P. Fr. J. Cueto, O. P. *El Clericalismo: Contestación á los principales cargos que se hacen contra*

el Clero.—Las Palmas; Imp. del Boletín Oficial Eclesiástico, 1907, 117 págs., 4.º.

—*Colección de 11 discursos y 23 artículos sobre varias materias*, por el M. R. P. Fr. José Cueto, Vicerector y catedrático de Derecho Canónico de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila.—Establecimiento tip. del Colegio de Santo Tomás, 1878, 132 páginas, 4.º may. En esta colección se halla el opúsculo titulado «*La Fe y la Razón*», premiado por la *Sociedad Católica de amigos del pueblo*, de Barcelona, en el certamen celebrado por la misma en 26 de Septiembre de 1869.

—*Sermón del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino*, por el M. R. P. Fr. José Cueto —Manila; Establecimiento tip. de Santo Tomás, 1880, 30 págs. 4.º may.

—*Breve estudio sobre las relaciones entre el dogma y la libertad*, por el R. P. Fr. José Cueto, Lector de Derecho Canónico y Retórica Sagrada en Santo Tomás de Ávila.—Ávila: 1888; Tip. de A. Santiuste; 72 págs. 4.º may. Este trabajo fué premiado en el certamen del Escorial.

Existen otros muchos trabajos suyos, como son: las disertaciones canónicas sobre varias secciones del 2.º tomo del *Devoti*, en latín; los escritos para el *Diccionario de los Sres. Perujo y Angulo*, los publicados en «*El Oriente*» y *Boletín Ecco.* de Manila; y varios sermones, panegíricos y artículos, dignos de ser coleccionados.

NOTA TERCERA

Los servicios prestados á la Diócesis durante su Pontificado, fueron: la terminación del frontis de nuestra Basílica, (para lo que se dignó personalmente pedir una limosna de puerta en puerta), y la edificación de las capillas interiores del Santísimo Sacramento y de nuestra Señora de los Dolores de la misma Catedral; la Universidad Pontificia de nuestro Seminario Conciliar; la nueva creación de las Parroquias del Puerto de la Luz y del Carrizal en esta Isla, y la de Puerto-Cabras en Fuerteventura; la construcción de los templos parroquiales del Ingenio, de

Santa Lucía y de Santa Brigida, y las de las Ermitas del Carrizal y Chorrillo de Tejeda, y Montaña Cardones de Arucas; la reparación de los templos de San Mateo, Bañaderos, Agaete y Valsequillo; la erección del cementerio en San Gregorio del Telde y de San Bartolomé de Tirajana; la de las casas religiosas de Siervas de María en el Puerto de la Luz, Arrecife y San Juan de Telde; las oposiciones á los curatos vacantes, los trabajos para el nuevo arreglo parroquial, y el establecimiento de varias Órdenes religiosas: de las Dominicas Terciarias de la Enseñanza, de las Hermanitas de los ancianos desamparados, de las Siervas de María en esta Ciudad, de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, de los Paules, Franciscanos, Monjes Cistercienses y Hermanos de la Doctrina Cristiana; la fundación de la Adoración nocturna en esta Ciudad, en Teror, en San Mateo, en San Juan de Telde y en la Antigua; la reconciliación de nuestro cementerio; el establecimiento de la Hermandad de sufragios del Clero, y el de las Hermandades bajo el Patronato de la Sagrada Familia, la Coronación de nuestra Señora del Pino; etc.

NOTA CUARTA

Nunca hizo versos, sino improvisando alguna vez delante de algunas personas de su íntima amistad y confianza. Algunas estrofas salieron de sus labios muy bien hechas y de muy delicados pensamientos. El viento se las llevó; porque, como él decía con la dulce sonrisa en los labios, para el viento las formaba. Pero era tanta su afición á la poesía; tanto se solazaba su alma en la belleza expresada por los grandes poetas latinos y españoles, que llegó á aprenderse de memoria, y recitaba con frecuencia delante de sus amigos íntimos y familiares largas composiciones de Verdaguer, de Becquer, de Galán y de otros; y poemas enteros, como el *Vértigo* y el *Miserere* de Núñez de Arce, de quien llegaba á decir que entonaba sus cincelados *cantares* con tanta naturalidad y tan poco esfuerzo, como si desde niño los hubiera tenido impresos en el alma.
